

Obsequiaron en la carabela al guerrero indio y le hicieron varios regalos, y luego le dejaron partir, llevándole los marineros en un bote hasta la playa.

Los salvajes aguardaban con actitud amenazadora á los europeos.

Pero á la primera palabra del indio que iba en su compañía, arrojaron las armas y se adelantaron á recibirlos.

Compráronles los españoles algunas armas, que Colon queria llevar á España como objetos curiosos, y despues de habérselas entregado, arrepentidos sin duda de abandonar sus armas, trataron de arrebatárselas de pronto, y cayendo sobre ellos intentaron aprisionarlos.

Pero los marineros, que iban prevenidos, empuñaron las dagas y las espadas, dispararon los arcabuces y dispersaron á los indios, dejando á dos heridos.

Ebrios de gozo con este triunfo, querian los españoles seguir persiguiéndolos; pero el piloto que mandaba el bote los contuvo.

Aquella fué la primera sangre que derramaron los españoles en el Nuevo Mundo.

Mucho sintió Colon aquel suceso, porque destruia por completo las buenas relaciones que tenia con los indios, y temia que éstos á su vez se vengasen en aquellos de sus compañeros que dejaba en la fortaleza de la Navidad.

## Capítulo XVII.

### Indignacion de los indios.

La noticia de esta escaramuza no tardó en circular por la isla, llegando á oídos de Guacanajari.

Era el anochecer.

A lo lejos resonó el estampido de los arcabuces, y como fué repetido aquel estrépito por los ecos hasta llevarle á oídos de Guacanajari, el soberano creyó que la tempestad se desencadenaba.

Levantó los ojos al cielo y le vió sereno.

Poco despues un confuso rumor alteró de nuevo su tranquilidad.

Gran número de guerreros descendian por las montañas y las inmensas llanuras de los dominios de Guacanajari.

No tardó en verse la llanura poblada de caciques armados todos de flechas, y entre ellos al rey de los



ciguayanos, mandados por Caonabo y su capitán Umatex.

Los jefes se acercaron á Guacanajari.

Caonabo iba delante de ellos.

—¿Qué es lo que pasa?—preguntó Guacanajari con ansiedad al descubrir en el rostro del guerrero las señales de la ira.

—Rey Guacanajari,—exclamó el cacique,—el extranjero que, gracias á tu debilidad, ha hollado nuestro territorio, acaba de derramar la sangre de nuestros hermanos en Samaná; se ha apoderado del oro de mis minas y hasta de las arenas del río Yaqui; ha insultado á nuestro Dios y ha profanado las grutas divinas de Caxibazagua.

Y entre tanto ¿qué haces tú? Sumido en la molición, dominado por un dolor que tu ingratitud ha merecido, ni gobiernas tus reinos, ni ofreces sacrificios al Tzimes.

¡Ah! el espíritu infernal del egoísmo se ha apoderado de tus entrañas. O abandona tu cetro, ó entrega tu cabeza á los butios, ó apodérate de la flecha envenenada para herir mortalmente al enemigo y riega con su sangre maldita la piedra sagrada bajo la cual reposan los restos de Ainaima.

Los guerreros de Maguana, de Cibao, de Sanica y hasta los de Mariem, han afilado sus flechas. Sus envenenadas puntas atravesarán el corazón de los enemigos para que bendiga la patria la mano que los extermina.

Guacanajari había empeñado su palabra á Colon

de que los suyos serian respetados, creia siempre que aquellos hombres eran enviados del cielo, y quiso á toda costa apaciguar la ira de sus feroces caciques.

—¿Así te atreves á revelarte contra mí?—exclamó;—¿ignoras que tu rey y señor ha jurado protección á los *turcy*? ¿ignoras que mis palabras son sagradas y que ántes presentaré mi pecho á vuestras enemigas flechas que dirigir la mia contra uno solo de nuestros defensores? ¿Quieres que el cielo me acuse de haber engañado á los que he prometido leal y sincera amistad?

Y avanzando hácia los guerreros:

—Valientes hijos míos,—exclamó,—vosotros que sois terribles como la tempestad, que no podéis ser vencidos por ningún poder humano, ¿sereis capaces, en tan gran número como sois, de ir á atacar á unos cuantos hombres que duermen tranquilos en las orillas del mar confiados en la amistosa palabra que han recibido de vuestro rey Guacanajari? ¿Quereis que llegue hasta su jefe el rencor, la ira, para buscar nuevos hermanos suyos que vengan á hacernos escuchar en medio del rumor de las olas el gemido de nuestro guerreros al espirar, el grito de los que sobrevivan? No, antes de que cometais semejante infamia tendreis que destruirme, y ver si os atreveis á derramar la sangre del único representante de la raza de Vagoniana.

Las palabras de Guacanajari calmaron á los indios.

Los caciques, temerosos unos de su justicia, respe-



tuosos otros de su poder, se retiraron y abandonaron las flechas.

Caonabo, sin embargo, sentía en su alma la sed de venganza.

Guacanajari se dirigió á la orilla del mar y llamó á la fortaleza en donde estaban los españoles.

Diego de Arana salió á su encuentro.

—Extranjero,—le dijo Guacanajari,—he jurado amarte y defenderte contra tus enemigos. Pero tus soldados insultan á mis vasallos y profanan su religion. El sentimiento de la venganza se ha despertado en su pecho; he podido contenerlos, pero si los tuyos continúan cometiendo desmanes, todas mis fuerzas serán pocas para defenderlos.

Prohíbe á los tuyos que atraviesen los límites que separan mis dominios de los caciques de Maguana y Cibao, porque si llegan hasta allí les aguarda la muerte.

Aquellas palabras, que envolvían una amenaza, fueron escuchadas con soberano desden por el jefe de la fortaleza de la Navidad.

Guacanajari se retiró á su palacio pesaroso de no haber visto á Alonso Velez, que era uno de los que á más excesos se entregaban para satisfacer la codicia de que se hallaba dominado.

Guacanajari comenzó á perder el prestigio que tenía sobre sus principales caciques.

Todos estaban indignados de su conducta.

La bondad con que trataba á los españoles era incentivo á su venganza.

Los españoles, creyéndose omnipotentes, desafiando el peligro, no comerciaban ya, sino que arrebatában el oro á los indios, violaban á sus esposas, ultrajaban sus ídolos y todos gemían bajo el peso de la esclavitud de aquel puñado de hombres.

Alonso Velez comprendió que tarde ó temprano tomarían una atroz venganza, y para ponerse bien con ellos cumplió la palabra que había dado á Guacanajari.

Una noche dormían todos los habitantes de la fortaleza de la Navidad, y él, apoderándose de la imagen de la Virgen, la ocultó bajo la arena de la playa, y al día siguiente corrió á anunciar á Guacanajari donde estaba para que pudiera sacarla de allí y ocultarla en su palacio.

Los españoles, irritados al ver que había desaparecido la Virgen, y no sabiendo á quien atribuir el robo, acusaron de haberla sustraído á un indio que les servía.

Velez traidoramente apoyó esta creencia, y el infeliz fué ahorcado en uno de los árboles más próximos á la fortaleza en presencia de todos sus hermanos.

La indignacion de los indígenas no pudo contenerse más.

Gutierrez y Escobedo, dando alas á su impaciencia de invadir el territorio de las minas de oro, abandonaron las orillas del mar, recorrieron la isla, y después de haber asesinado á un hombre en Sanica, se internaron en los dominios de Caonabo, y allí se



apoderaron de muchas riquezas y de algunas mujeres.

Caonabo no pudo resistir la sed de venganza que se aumentó en su pecho.

Llamó en torno suyo á los intrépidos guerreros de las gargantas del Yaqui, á los moradores de Maguana y reuniendo en torno suyo á Guariones, Boechio, Manicate y algunos otros jefes:

—Hermanos míos,—les dijo,—el día de la venganza ha llegado; es necesario exterminar á los que quieren nuestro exterminio. Para nada necesitamos á Guacanajari. Rodeemos la fortaleza de los españoles, luchemos con ellos brazo á brazo y perezcan todos.

Anacaona, la esposa de Caonabo, les excitó al combate.

La sed de venganza se comunicó á todos los indios.

Caonabo al frente de ellos, con el cuerpo cruzado por rayas negras y amarillas, y ostentando en su diestra el tronco de un árbol con clavos de oro, parecía el Dios terrible de las batallas.

Como el torrente comprimido durante mucho tiempo cayeron aquellas hordas de indios sobre la fortaleza.

Pero ya volveremos á asistir á las terribles escenas que tuvieron lugar en la colonia de los españoles.

Ya asistiremos á aquella espantosa tragedia, origen de la destrucción del imperio de Haití.

Sigamos á Colon en su viaje á España, sin presumir siquiera lo que pasaba á sus compañeros, y cuando volvamos con él á la virgen América, presenciaremos á su lado las luchas, los crímenes, los horrores que mancharon aquella hermosa tierra, aquellos matizados campos, aquellos paisajes que sólo podían compararse con los del Paraíso.